



9. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

Jesús se remonta al origen, al amor con que el Padre lo ha amado y que es la base de su propio amor a los hombres.

El Padre mostró su amor a Jesús con la comu-

nicación del Espíritu (1,32.33). Jesús demuestra su amor a los discípulos de la misma manera, comunicándoles la fuerza de su amor, el Espíritu que está en él. Lo único que pide es que se mantengan en el ámbito de ese amor. La comunidad es el lugar privilegiado para vivir esa experiencia de amor.

10-11. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.

Jesús pone en paralelo la relación de los discípulos con él y la suya con el Padre. Es pura fidelidad, amor y lealtad. Pero insiste que hay que practicar, no solo pensar o sentir. No puede existir amor a Jesús si no desemboca en un **compromiso con los hermanos**.

Aparece por primera vez en la Cena **la alegría de Jesús**, de la que participan los discípulos.

Esta alegría “objetiva” por el fruto que nace es inseparable de la alegría “subjetiva”: el amor practicado llena de gozo el corazón.

12-15. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

El mandamiento que constituye la comunidad de Jesús y le da su identidad, es, al mismo tiempo, el fundamento de la misión. **Comunidad y misión** no son dos cosas distintas ni separables: donde no existe la comunidad de amor mutuo, no puede existir la misión de Jesús. Y no se puede proclamar el mensaje del amor si no es apoyado en su experiencia. Quien no experimenta no puede transmitir. **Sólo se transmite lo que se vive**.

Y propone en otra **clave la misión** de la comunidad. En el evangelio del domingo pasado las había expuesto bajo la imagen del sarmiento

(discípulos) que han de dar fruto (misión) por su unión con la vid (Jesús), plantada por el labrador (el Padre). Ahora cambia la imagen por **la de amigos elegidos por colaborar en su trabajo**.

La misión de la comunidad adquiere una dimensión nueva: los discípulos no la ejercen como asalariados, contratados para realizar el trabajo de un señor y ejecutar sus órdenes, sino **como amigos que comparten su alegría en la tarea común**. Siendo Jesús el centro del grupo, el hermano mayor, la cabeza, no se coloca por encima de nadie. Quiere ser compañero en la tarea común.

16-17. No me elegisteis vosotros a mí, os elegí yo a vosotros y os destiné a que os marchéis, produzcais fruto y vuestro fruto dure, así, cualquier cosa que le pidáis al Padre en unión conmigo, os la dará. Esto os mando: que os améis unos a otros.

Está en la base de todo seguimiento. El acercamiento a él ha sido la respuesta a **una llamada**. Y el objetivo de esta llamada es la misión; pertenece a la esencia del discípulo. Elimina la tentación de hacer una comunidad cerrada; la tarea es hacia toda la humanidad.

Y espera que la labor de los suyos tenga un impacto duradero, que vaya cambiando la sociedad: *que vuestro fruto dure*. La eficacia de la tarea no se mide tanto por su extensión como su profundidad de la que depende la duración del fruto.

Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

La comunidad es el lugar privilegiado para vivir esa experiencia de amor. Esta recomendación es la misma que ha dicho anteriormente: **quedaos conmigo y yo me quedaré con vosotros**. Es condición para el fruto. La unión con Cristo, es personal, íntima, fecunda con él. **La misión es inútil sin la unión con Cristo**. Esta relación la explica en clave de amistad, que aparece en la cena. La identidad está en producir fruto. Y así el discípulo se da a conocer en la vida de cada día.

Si somos la comunidad donde Dios derrama su cariño, ¿a qué vienen tantas tonterías en nuestras relaciones? Sentir su amor y cariño es solo acercarse al hermano, con **admiración** a sus cualidades, con **perdón** a sus defectos, -que solo son carencias-, con **ayuda** para sacar lo mejor que lleva dentro, con **humildad** porque estamos hecho del mismo barro, con **esperanza** porque todo lo puedo en Aquel que me conforta.

- **¿Valoro la comunidad o grupo que tengo?**

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado

Dos notas esenciales en este versículo, el amor mutuo y **el cómo, el estilo**. No amar de cualquier manera sino al estilo de Jesús.

*Os invito a hacer un pequeño estudio de evangelio sobre el amor de Jesús que nos revela el evangelio de Marcos. Lee reposadamente y medita no lo que ya sabes sino lo que te dice la Palabra. Deja que el texto hable. **Deja que el mismo Señor sea tu maestro.***

Marcos 1, 29-39: De forma inesperada, **un leproso «se acerca a Jesús»**. Desde el suelo, de rodillas, le suplica: «*Si quieres, puedes limpiarme*». Sabe que Jesús lo puede curar, pero ¿querrá limpiarlo?, ¿se atreverá a sacarlo de la exclusión social a la que está sometido en nombre de Dios?

Sorprende la emoción que le produce a Jesús la cercanía del leproso. No se horroriza ni se echa atrás. Ante la situación de aquel pobre hombre, «**se conmueve hasta las entrañas**». La ternura lo desborda. Su amor compasivo con todos nos enseña y nos conmueve. **Así ama Jesús.**

Marcos 2, 1-12: **El parálítico** es un hombre hundido en la pasividad. No puede moverse por sí mismo. No habla ni dice nada. Se deja llevar por los demás. Vive atado a su camilla, paralizado por una vida alejada de Dios. Las tres órdenes que Jesús da al parálítico lo dicen todo:

«**Levántate**»: ponte de pie; recupera tu dignidad; libérate de lo que paraliza tu vida.

«**Coge tu camilla**»: enfrentate al futuro con fe nueva; estás perdonado de tu pasado.

«**Vete a tu casa**»: aprende a convivir desde tu libertad de movimientos. Con Jesús todo es nuevo cada día. Jesús convierte la caída en vuelo.

Es el amor rehabilitador. Es el amor que activa la autonomía personal, aunque sea mínima. Es el amor que potencia lo mejor de cada uno, que ayuda a recuperar las facultades que han dejado de funcionar. **Jesús nos enseña a ver al hermano, no con carencias, sino con posibilidades.**

Marcos 2, 13-22: **La comida festiva con pecadores y el reproche de los “justos”**. Quienes siguieron a Jesús lo recordaban como un hombre que contagiaba alegría y animaba a la creatividad. Jesús no invita a nadie a practicar ritos de penitencia o gestos ascéticos tan queridos en otros grupos. Nadie le oye hablar de ayuno, ceniza o vestiduras de luto.

Al contrario, se le ve celebrando comidas festivas con sus discípulos y gentes pecadoras. Beben vino y probablemente entonan cánticos. La gente se extraña de su manera de actuar. **Su mesa estaba abierta a todos.** No se preocupaba de que su mesa fuera santa sino acogedora. Lo guiaba su experiencia de Dios.

Es un amor que irradia alegría. Ya nos lo dice en este domingo: “*Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*”. Los primeros cristianos cuidaban mucho la alegría. Les parecía imposible vivir de otra manera después de la Resurrección.

Marcos 7, 24-30: **La sirofenicia.** Ante una petición de ayuda para su hijita enferma Jesús le contesta: “*Primero se tienen que saciar los hijos; no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos*”. Así ella podrá mostrar la hondura de su fe, una fe contra toda esperanza, capaz de trasladar montañas.

Pero el ser madre le daba una lucidez y una tenacidad que la hacía superar cualquier dificultad. **El amor de Jesús provoca el crecimiento.** Podía regalarle de inmediato lo que pide, sin embargo, alarga la búsqueda para que crezca su fe. Dos amores que compiten, uno para hacer crecer la fe y el otro siendo fuerte y confiando.

Marcos 10, 2-16: **Acoger a los pequeños.** Jesús se indigna. Aquel comportamiento de sus discípulos es intolerable. Enfadado, les da dos órdenes: «*Dejad que los niños se acerquen a mí. No se lo impidáis*». ¿Quién les ha enseñado a actuar de una manera tan contraria a su Espíritu? Son los pequeños, débiles e indefensos, los “niños de la calle”, los primeros que han de tener abierto el acceso a Jesús. **Amor que acoge a los que nadie quiere.**

La razón es muy profunda pues obedece a los designios del Padre: «*De los que son como ellos es el reino de Dios*». En el reino de Dios y en el grupo de Jesús, **los que molestan no son los pequeños**, sino los grandes y poderosos, los que quieren dominar y ser los primeros.

En su comunidad **se necesitan hombres y mujeres** que buscan el último lugar para acoger, servir, abrazar y bendecir a los más débiles y necesitados. Quien ama como Jesús, vive aliviando el sufrimiento y secando lágrimas.

Juan García Muñoz (ingarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA